

Sin embargo, por corta que sea la diferencia, existe por el solo hecho de haber cambiado las condiciones del centro de residencia; y aunque el campesino bretón de quien acabo de hablar no tenga mejor cerebro que sus abuelos, y viva en el rincón de una de las aldeas más aisladas, sin hablar otra lengua que el patuá de este villorrio; no por eso es menos cierto que reside en un centro diferente de aquel en que residieron sus antepasados, y que recibe el

reflejo lejano de una civilización que se transforma continuamente.

Tradicional es en Europa que los pueblos orientales no cambian. Pero si hoy verdaderamente cambian poco, antiguamente cambiaron mucho, siquiera en las capas sociales susceptibles de transformación. Grande es la distancia que separa á un señor árabe de la corte de Boabdil de uno de los compañeros de Omar, y todavía mayor la que existe entre un sabio de



Campanamento de Arabes nómadas en Argelia.—De una fotografía instantánea

las universidades de Córdoba y Bagdad y un pastor de la Arabia. Sólo en las capas sociales inferiores hubo un cambio muy tenue; pero ya hemos dicho que en todas partes sucedía lo mismo. Nada de particular tiene pues que entre un árabe sedentario del campo, y todavía más, entre un nómada del tiempo de Mahoma y su descendiente moderno haya cortísima diferencia.

Procede así hacer con los pueblos de Oriente las mismas distinciones que con los de Occidente, á fin de no confundir categorías sociales cuya evolución social ha sido muy diferente, y cuyo estudio debe hacerse separadamente.

Pero aunque se establezcan estas distinciones esenciales, no puede menos de reconocerse que los Arabes cambian hoy mucho menos de siglo en siglo que las poblaciones europeas; y que su estabilidad actual resulta no sólo de haber des-

aparecido su antigua civilización, sino también de ser el Corán un conjunto de leyes religiosas, políticas y civiles, íntimamente relacionadas, cuya fijeza ha producido aquella inmovilidad. Los discípulos del profeta se han hallado luego encerrados en una red de tradiciones y costumbres á las que la herencia ha dado una omnipotencia sobre los hombres, llegando á ser demasiado sólida para poderse quebrantar. Los usos y costumbres de la mayor parte de Arabes han llegado de este modo á ser casi invariables desde hace siglos; por cuya razón cabe reconstruir su existencia pasada, aunque sea estudiando su existencia actual.

Los cambios han sido mínimos sobre todo en los Arabes sedentarios del campo, y particularmente en los nómadas; pues respecto á los Arabes de las ciudades, como han estado sometidos á diferentes conquistadores, no han

podido menos de sufrir mayores modificaciones. Sólo que esos conquistadores han adoptado siempre el Corán, y como el Corán se ocupa de todos los detalles de la vida árabe, la masa general de usos y costumbres ha variado poco, y aunque el presente no sea ya una fiel imagen del pasado, se le parece bastante para ayudarnos á reconstruirlo.

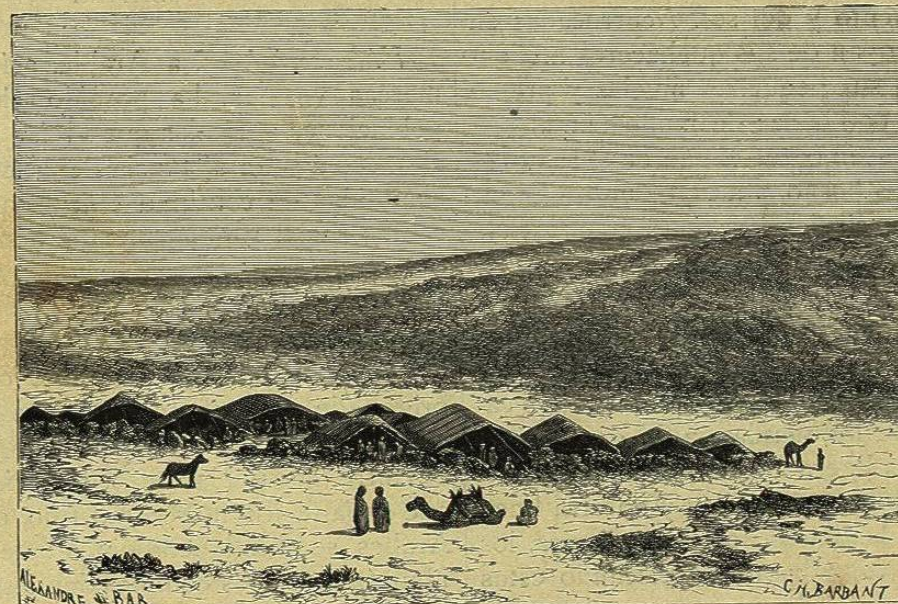
Habiendo tenido siempre la vida social de los Arabes diferentes formas, según éstos han

residido en el campo, en el desierto ó en las ciudades, los estudiaremos separadamente en estos tres conceptos.

II

VIDA DE LOS ÁRABES NÓMADAS

Hemos descrito suficientemente el carácter de éstos para que sea necesario ocuparnos de él otra vez; bastando que lo completemos des-



Un aduar.—De fotografía

cribiendo la parte material de su existencia.

Los usos y costumbres de esos nómadas son mucho más fáciles de exponer que los de las poblaciones sedentarias de la campiña, y sobre todo que los de los habitantes de las ciudades. En efecto, redúcese la vida de los primeros á su expresión más sencilla, estando libre de esas adiciones complicadas que produce vivir pegado al terruño. La siguiente descripción, que tomo de Coste, da en pocas líneas un cuadro suficiente de aquellas costumbres; pues aunque fué escrita cincuenta años atrás, modelándola sobre las tribus independientes de los desiertos que flanquean el valle del Nilo, el género de existencia que crea la vida del desierto es tan poco susceptible de cambiar, que así cabría aplicar la misma descripción á los nómadas, que fueron contemporáneos de Salomón, como á los compañeros de Mahoma, ó á los que vinieran en los siglos futuros hasta el día en que cambie la naturaleza y la Arabia y el África se queden sin desiertos.

«Al despuntar el día el árabe monta á caballo,

y no vuelve á su tienda hasta la puesta del sol. Durante el día se ha alimentado de dátiles y de algunos granos de *durah* ó de trigo, y ha hecho pastar á su montura las yerbas parásitas que ha encontrado al paso. Cuando por la noche regresa á su tienda, su mujer le prepara una jarra de leche, algunos dátiles y miel.

»El árabe no frecuenta las ciudades sino para traficar con el producto de sus ganados, de sus camellos y yeguas; y ni en estos casos pasa nunca la noche en ellas. Cuando está acampado, cultiva algunos *fedans* de terreno para cosechar el trigo, la cebada y el *durah* que sus necesidades requieren; y no sólo no está envilecido como el *fellah*, sino que la independencia de su vida le da un aire de altivez. Camina con seguridad, y sus ojos son vivos y penetrantes. La sobriedad y regularidad de su vida lo eximen, lo mismo que á su familia, de las enfermedades que aniquilan á los *fellahs*; y su sangre es tan pura como el aire del desierto que respira.

»La principal ocupación de las mujeres Arabes consiste en ordeñar las ovejas y vacas, y

hacer harina con dos muelas de piedra que la mano pone en movimiento. Además elaboran el pan, preparan las comidas, cuidan de los hijos, tejen las rudas telas de que se visten y los tapices y la lona de sus tiendas de campaña.

»Cuando la tribu se pone en marcha, las mujeres se colocan de dos en dos en el *hodedj*, especie de cesto sujeto al lomo de un camello; este cesto es de ramas de laurel; el fondo está cubierto de una piel de carnero, y por la parte superior lleva una tela que resguarda á las viajeras del viento y del sol. Acurrucadas en esta caja, se ocupan de sus quehaceres moliendo el trigo con sus pequeñas muelas y preparando la masa cotidiana; de modo que al primer descanso, hacen cocer el pan en el rescoldo ó en un pequeño horno, y á veces en un hogar hecho de tierra, sirviéndose para combustible de los excrementos de camello.

»La tienda del jefe se coloca en el centro y las de los hijos casados á derecha é izquierda; siguen después las de los demás parientes, y por fin las de los servidores. Colócanse los caballos delante de las tiendas, á fin de servirse de ellos á la más ligera alarma, y tenerlos siempre á la vista: después de ellos y en otra línea están colocadas las vacas, los dromedarios, los camellos, las ovejas y cabras, apriscando estas últimas en un recinto de tela.

»Con mucha frecuencia se alinea circularmente á los camellos en torno de la tienda de los guardianes; y más allá del campamento se levantan algunas tiendecitas de campaña, para la gente que pasa la noche de centinela.

»Todas las tiendas son poco altas; de modo que es imposible estar de pie en ellas, excepto en el sitio central: su forma es siempre cuadrada, y nunca circular; pueden cerrarse en todo su contorno; pero es general dejar abierta la parte que mira al Norte, para recibir la brisa fresca que sopla de este lado. Fabricanse de pelo de camello y de cabra, siendo la tela tan tupida, que la lluvia y el rocío resbalan por ella, sin penetrar nunca en el interior, lo cual preserva á la gente de las lluvias, del viento y del sol.»

Completaré esta descripción indicando el mueblaje, bien rudimentario por cierto, que cada una de ellas comprende. Redúcese á los objetos estrictamente necesarios á la vida nómada, como por ejemplo, ante todo, las armas, descollando entre éstas una lanza de tres ó cuatro metros de largo; después una placa de hierro para cocer el pan, una caldera para los

alimentos, una cafetera para el café, un mortero en qué molerlo, un odre destinado á sacar agua, algunos vestidos y ciertas frioleras. Cualquiera comprenderá fácilmente que una gente, cuyas necesidades se reducen á esto, no puede haber tenido nunca dominadores.

III

VIDA DE LOS ÁRABES SEDENTARIOS DE LA CAMPINA

Vida social.—La Arabia, así como las comarcas vecinas, ha poseído siempre ciertas poblaciones agrícolas que vivían en los campos situados á gran distancia de las ciudades, y que sometidas de continuo á la eficacia del mismo centro social y geográfico, y encerradas en un círculo de tradiciones y costumbres, no hicieron otro cambio importante que el de abrazar otra religión. Es necesario estudiar particularmente estas poblaciones, si se quiere comprender el origen de algunas instituciones que el Corán contiene.

Entre las poblaciones, todavía numerosas, que sería fácil tomar como tipo, escogeré á los Arabes semi-independientes que viven en el Haurán, hacia los confines del desierto de Siria, cuya gente ha sido muy bien estudiada por Mr. Le Play en su interesante obra sobre los trabajadores de Oriente, y que tiene para nosotros la ventaja inapreciable de mostrarnos de qué modo unas poblaciones tan diferentes en costumbres é intereses, como los sedentarios y los nómadas, pueden vivir en contacto, y qué instituciones han nacido de él.

Aunque no residan en la Arabia propiamente dicha, las poblaciones cuya vida social voy á estudiar son de raza árabe. En efecto, sabido es que poblaron el Haurán poco después de Jesucristo unas tribus árabes (Kahtanidas, según Wetzstein), procedentes del Sud de Arabia; las cuales formaron la monarquía de los Sehilihidas y después la de los Ghasanidas, bajo el protectorado de los Romanos. Sabido es que Felipe, uno de estos Arabes de Haurán, llegó á ser emperador romano en 244, y que el reino árabe de los Ghasanidas subsistió quinientos años, no quedando destruido hasta que los sucesores de Mahoma se lo anexionaron. A los Ghasanidas se atribuyen las construcciones gigantescas que se hallaron en el país, y particularmente las de su antigua capital Bosra. Todavía se ve en ellas varias inscripciones en

caracteres de los llamados sabeos, nombre sacado del de la lengua que hablaban ciertas tribus de Arabia.

Los Arabes de Haurán, que residen cerca de Bosra, se dividen en sedentarios y nómadas, pero los nómadas no parecen sino durante el buen tiempo, desapareciendo en invierno para recorrer la Mesopotamia ó el valle del Jordán.

Los habitantes sedentarios viven por grupos de varias generaciones de parientes, bajo la autoridad patriarcal de un cabeza de familia: organización, como se ve, correspondiente á los primitivos tiempos de la tribu.

Todas estas comunidades son agrícolas, y atendido que la población es corta, comparada con la gran superficie de las tierras cultivables, cada una de aquéllas no explota más que una parte del suelo. La propiedad es común á todos los habitantes de la aldea ó villa, siendo el pedazo concedido á cada uno proporcionado al número de bueyes que posee. Los cereales, que cada comunidad cosecha, sirven ante todo para alimentar á los bueyes y camellos, y el excedente se vende á los nómadas del desierto, ó á mercaderes de Damasco; bien que á veces se exporta en caravanas al litoral de Siria, de donde lo embarcan para Europa.

Todos los productos pertenecen á la comunidad, excepto algunas rentitas de diferente origen que poseen algunos particulares, y de los cuales disponen á su albedrío.

En esta región apenas existe industria: los habitantes fabrican pocas telas, y toman las que necesitan de los mercaderes de Damasco que van á comprarles los cereales.

Cada comunidad está formada por varias familias.

«Como el régimen de ella, dice Mr. Delbet, reúne á un gran número de personas bajo un mismo techo, un solo nombre personal no bastaría á designar claramente á los individuos; y para obviarlo se dice: *fulano, hijo de zutano, padre de mengano; ó fulana, madre de zutano; con frecuencia en este último caso se dice simplemente: el padre de mengano, ó la madre de zutano*, sin pronunciar el nombre propio de la persona de quien se trata. Pero cuando entre los hijos no hay varones, no se emplea nunca aquel modo de designar, pues sería injuriar á un marido recordarle que no tiene hijos de su propio sexo. Los nombres de familia existen tan sólo para aquellas que cuentan entre sus antepasados alguno que adquirió gloria y fama dignas de enorgullecer á sus descendientes; y aun

así y todo no suele llevar el apellido de la familia sino el jefe de ella, por más que pertenezca á todos los individuos de la misma. Las diferentes familias de cada comunidad constan, junto con los criados, de una treintena de personas, que están colocadas bajo la autoridad del más antiguo jefe de la familia. Las mujeres se ocupan exclusivamente en los quehaceres domésticos; siendo tratadas con mucha benignidad, aunque se vigile cuidadosamente sus costumbres; de modo que si una soltera comete una falta, lo cual sucede raras veces, sus mismos parientes le dan la muerte.»

En el concepto legal, se rigen estos Arabes sedentarios por el Corán y la costumbre, juzgando las divergencias un jeque. En casos de muerte, puede admitir la familia ofendida una compensación pecuniaria; pero con más frecuencia los parientes de la víctima prefieren la pena del talión; de lo cual resulta que se comete una larga serie de asesinatos durante varias generaciones. Así es que las graves consecuencias que una muerte origina hacen muy raro este crimen; y los mismos nómadas en sus correrías, respetan la vida humana, por miedo de quedar expuestos á venganzas hereditarias. El uso de vengar la sangre con la sangre, que parece completamente bárbaro, es en realidad ventajosísimo, puesto que da por resultado cierto impedir asesinatos que se cometerían sin duda bajo una ley más suave; y por esto en todos los pueblos primitivos la pena del talión ha sido la mejor ley, por ser la más eficaz.

Ningún reglamento obliga á los individuos á vivir en las comunidades; las cuales se conservan en virtud de un principio tan superior á todos los reglamentos, como es la necesidad. En las poblaciones donde no puede contarse con la protección de ningún gobierno, el individuo aislado sería tan débil, que no tardaría en desaparecer; lo cual nos explica el motivo de que en todas partes los Arabes vivan agrupados bajo la autoridad de un jefe. Aquellos pequeños grupos no son realmente más que asociaciones indispensables á la existencia de los seres que las componen. La organización de las tribus nómadas de Beduínos está basada en las mismas necesidades; de modo que atendido su invariable género de vida, es evidente que aquella organización no puede cambiar. Además, me parece probable que doquiera han existido comunidades, originólas la impotencia completa del individuo aislado viviendo en una sociedad sin organización sólida; y así desapa-